

HISTORIA SIN FINAL: UN COMENTARIO SOBRE LAS CARAS DE CLIO. INTRODUCCION A LA HISTORIA Y A LA HISTORIOGRAFIA DE ENRIQUE MORADIELLOS (UNIVERSIDAD DE OVIEDO. SERVICIO DE PUBLICACIONES. 1992) Y LA HISTORIA DESPUES DEL FIN DE LA HISTORIA DE JOSEP FONTANA (CRITICA. BARCELONA, 1992).

Francisco CARANTOÑA ALVAREZ
Universidad de León

Poco podían pensar los jóvenes alemanes que en los primeros días de noviembre de 1989 arrancaban con sus manos trozos del ya inútil muro de Berlín, que su gesto no sólo abría las puertas a un rápido proceso de cambio político en la Europa central y oriental, cuyo final sería la desaparición de todos los regímenes estalinistas del continente y de la propia Unión Soviética como estado, sino también la crisis de una ciencia -la Historia- de la que, paradójicamente, se habían convertido en protagonistas. Realmente, la crisis de la investigación histórica -o de parte de ella-, como la de los sistemas estalinistas, venía de atrás y los sucesos de los últimos tres años sólo la pusieron de manifiesto. El problema estriba en que el fracaso de una forma de entender el marxismo -o de la ideología, inspirada en el marxismo, creada por la dictadura estalinista-, ha servido de pretexto para que desde determinados medios académicos se pretenda descalificar una teoría de la historia que ha dado lugar a corrientes historiográficas con notables diferencias entre sí y contribuido a renovar la investigación histórica en el presente siglo.

Lo mas curioso es que el motivo desencadenante de la reflexión sobre los métodos y objetivos de la investigación histórica sea un proceso perfectamente explicable por esta ciencia. Ni siquiera el fin de sistemas políticos y sociales construidos invocando al «marxismo» permite que de forma automática pueda cuestionarse todo el pensamiento de Karl Marx. En 1936 un conspicuo marxista -Lev Davidovich Bronstein, conocido como Trotsky- escribió lo siguiente: «Un Estado salido de la revolución obrera existe por primera vez en la historia. Las etapas que debe franquear no está escritas en ninguna parte. Los teóricos y los constructores de la URSS esperaban, es cierto, que el sistema ligero y claro de los soviets permitiría al Estado transformarse pacíficamente, disolverse y morir a medida que la sociedad realizara su evolución económico cultural. La vida se

ha mostrado mas compleja que la teoría. El proletariado de un país atrasado fue el que tuvo que hacer la primera revolución socialista; y muy probablemente tendrá que pagar ese privilegio con una segunda revolución contra el absolutismo burocrático»¹. A continuación explicaba que el futuro de la URSS se decidiría entre una revolución obrera antiburocrática o una contrarrevolución, dependiendo de la evolución de los acontecimientos internacionales. Evidentemente, para Trotsky, marxista y ruso, el régimen estalinista no estaba construyendo el socialismo, ni tampoco se encontraba destinado a pervivir eternamente, al contrario preveía un fin brusco, incluso violento, del mismo. Es más, Trotsky ni siquiera consideraba improbable el retorno de la URSS al capitalismo, algo que críticos marxistas posteriores de las dictaduras estalinistas, como Broué o Mandel, no creían previsible.

Si desde una perspectiva marxista era posible preconizar la desaparición del sistema creado por Stalin ¿cómo puede el que ésta se haya producido convertirse en el elemento clave para demostrar la falsedad radical de todos los planteamientos marxistas?

También en 1936 un gran historiador, Vere Gordon Childe, afirmaba: «Por fortuna, la pretensión de considerar exclusivamente a la historia política ya no es incontrovertible. Marx insistió en la importancia primaria que tienen las condiciones económicas, las fuerzas sociales de producción y las aplicaciones de la ciencia, como factores en el cambio social. Su concepción realista de la historia viene ganando aceptación en círculos académicos muy alejados de las pasiones de partido que encienden otros aspectos del marxismo».² ¿Se desdejaría ahora el prehistoriador al enterarse que la bandera rusa ondea de nuevo sobre el Kremlin?. Con toda seguridad se podría afirmar que no.

En realidad, buscar las razones del fracaso económico de los regímenes estalinistas, explicar el proceso de estratificación social que se produjo en los mismos y los conflictos de él derivados, analizar las características de sus sistemas políticos y las causas de su alejamiento de la sociedad, no son cuestiones que exijan un bagaje teórico distinto del que un historiador pueda utilizar para el estudio de otros sistemas económicos y políticos diferentes. Es decir, con los métodos de la historiografía marxista -o marxiana, como prefiere denominarla Fontana- no existiría ninguna dificultad para explicar el fracaso de los sistemas llamados socialistas, partiendo, claro está, de una investigación rigurosa.

Lo que ha quedado definitivamente postergado por los cambios revolucionarios del centro y este de Europa es eso que Fontana llama «marxismo

1. *La Revolución Traicionada* pp. 269-270. Fontamara. Barcelona, 1977.

2. *Los Orígenes de la Civilización* p. 15. Fondo de Cultura Económica. Madrid, 1977.

catequístico»³ y lo que debe abrirse es una reflexión sobre dichos acontecimientos. En cuanto al debate sobre la teoría de la historia, sobre los métodos y el propio objeto de la investigación, ha estado abierto durante siglos y no es previsible que llegue a cerrarse.

En este contexto de debate y cierta sensación de crisis en que se encuentra el gremio de historiadores, resultan especialmente interesantes obras dedicadas al análisis historiográfico como las que nos ocupan. El libro de Enrique Moradiellos nos ofrece a la vez una lúcida reflexión sobre la historia y una acertada descripción de la evolución de las corrientes historiográficas y, por lo tanto, de las controversias entre historiadores. Concebida por el autor como destinada «a un público universitario que se inicia en el estudio de la historia y la historiografía», la brevedad de la obra, la claridad de la exposición, no deben llamar a engaño sobre su densidad. Los dos primeros capítulos -titulados «Los rasgos distintivos del conocimiento científico» y «El estatuto gnoseológico de las ciencias históricas»- son el fruto de un riguroso estudio, en el que es manifiesto -el propio autor lo señala- el magisterio de Gustavo Bueno, pero también una sólida formación intelectual. En ellos realiza un inteligente planteamiento sobre el carácter científico de la historia que, partiendo de la diferencia entre ciencias naturales y formales y ciencias humanas, le conduce a concluir que «la historia constituye una de las ciencias humanas más solidamente establecidas y presenta todos los rasgos distintivos que acreditan al conocimiento científico alcanzado por ese grupo de disciplinas».⁴ Ciencia que, por otra parte, ofrece una clara utilidad derivada de «la necesidad operativa del grupo humano de tener una conciencia de su pasado colectivo».⁵

Especialmente atractiva es la definición que realiza del objeto de la historia, que no sería el pasado, no existe, sino «aquellos restos y trazas del Pasado que perviven en nuestro presente en la forma de residuos materiales, de huellas corpóreas, de ceremonias o de *reliquias* («relinquere»: lo que permanece). Esos residuos que permiten la presencia del Pasado son el material sobre el que trabaja el historiador y con el que construye su historia».⁶ Lo que le permite afirmar que «la *verdad* en la historia no se refiere al pasado *en sí*, que es incognoscible, sino a las reliquias que del mismo se preservan en el presente». De esta forma se resuelve el problema de la *verificación* en la historia: «unos relatos históricos serán más verdaderos que otros porque se fundamentan en el mayor número de pruebas verificables por otros investigadores...»⁷

3. Obra comentada, pag. 9.

4. Obra comentada, pag. 44.

5. O.c., pag. 10

6. O.c., pag. 38

7. O.c., pag. 43

En los tres capítulos siguientes realiza un recorrido por la evolución de la disciplina a lo largo del tiempo, insistiendo especialmente en la historiografía de los siglos XIX y XX. No se trata, no lo pretende, de un análisis exhaustivo, al contrario, es un panorama crítico, en el que se encuentran afirmaciones tan necesarias -por corregir un error convertido en tópico en muchos manuales de historiografía- como la de que «el historicismo que triunfó con Ranke no podía ser mas opuesto al positivismo filosófico y sociológico»⁸

Como es de suponer, Moradiellos se refiere tanto a la obra de Marx como a la de los historiadores marxistas de este siglo, entre los que destaca la fecunda obra de la escuela británica (Hilton, Hill, Rudé, Hobsbawn, Thompson) y la importancia para la historiografía posterior a la segunda guerra mundial de la revista *Past and Present*, que «pasó a convertirse en el adalid de la renovación de los estudios históricos británicos». Compara la riqueza de la tradición historiográfica marxista en Gran Bretaña y Francia -a pesar, en este último caso, del negativo influjo teórico de Althusser- con el anquilosamiento de la historia soviética, pero, por supuesto, no considera que el fracaso de la segunda anule los éxitos de las primeras.

Alude también a características de la historiografía mas reciente, como la relativa moda de la «microhistoria» y la parcelación excesiva del conocimiento, que conducen a una falta de perspectiva y a la propia imposibilidad de cumplir la función social de la historia; lo que en este caso si puede permitir que se hable de una crisis de la investigación histórica, pero su planteamiento sobre la salud de esta ciencia, modas aparte, es claramente optimista.

Caracter diferente tiene la también breve obra de Fontana. Según apunta el propio autor -pag. 113- se trata de un avance de un proyecto mas amplio, pero a su vez complementa su mucho mas extenso trabajo *Historia. Análisis del Pasado y Proyecto Social*⁹. Desde la primera página nos encontramos con un texto combativo, tanto contra el efectista, y pronto desmentido por la propia realidad, título del ya famoso ensayo de Fukuyama, como contra quienes aprovechan la crisis del estalinismo para enterrar al marxismo. Realiza así un repaso a las mas recientes tendencias historiográficas, afectadas «por la situación de desconcierto que ha producido este hundimiento de una vieja fe, que ha dado lugar a sorprendentes conversiones y que ha dejado desamparados a muchos de los que se sostenían arrimados a las andaderas del marxismo catequístico, a quienes vemos vagando como almas en pena...»¹⁰

Sus reflexiones, en las que la valoración positiva de nuevos métodos o temas

8. O.c., pag. 86

9. Crítica. Barcelona, 1982.

10. Obra comentada, pag. 13.

de investigación se une a críticas contundentes a la frivolidad de determinadas corrientes obsesionadas por la «modernidad» antes que por el rigor, nos muestran, como es habitual, tanto la lucidez como la erudición del autor. Entre las tendencias criticables se refiere, como Moradiellos, a la «fragmentación de nuestro objeto de estudio», que conduce a que la investigación se convierta «en esa 'historia en migajas' de la que nos habla François Dossee, y que es mucho menos la de la vieja escuela de *Annales*, donde Braudel conservaba todavía el sentido de globalidad, que esa otra *Nouvelle Histoire* que guarda escasa relación con aquella»¹¹

Al igual que en *Historia*, Fontana se sigue planteando como objetivo del historiador «explicar el mundo real y enseñar a otros a verlo con ojos críticos, para ayudar a transformarlo.»¹² Sobre esta cuestión se centra en los dos últimos capítulos, que cierra con un llamamiento a la recuperación de la historia crítica y del compromiso social de los historiadores.

El planteamiento de Fontana es, como indicábamos anteriormente, distinto del de Moradiellos, no se propone realizar una síntesis de las características de las últimas tendencias historiográficas, sino exponer sus concepciones sobre la historia, sobre la situación actual de la investigación y sus perspectivas. Se trata de un ensayo conscientemente polémico, pero por ello especialmente interesante y necesario.

Son pues dos obras absolutamente recomendables, en especial en un momento de cierta desorientación, como es el actual, donde el desconcierto intelectual provocado por una rápida sucesión de acontecimientos históricos para la mayoría inesperados, ha conducido en ocasiones a un predominio de la palabrería «posmoderna» sobre la reflexión rigurosa. La necesidad e la permanente renovación de los métodos de investigación, la búsqueda de nuevos objetivos, no deben conducir nunca a caer en fáciles espejismos, o a tirar por la borda los avances de nuestra ciencia en los dos últimos siglos.

11. O.c., pag. 81.

12. O.c., pag. 114.